

EDITORIAL

LA MEDICINA DEPORTIVA A EXAMEN

Es indudable que, sobre el papel, le viene siendo conferido a la Medicina un relevante puesto en el contexto de la Educación Física y el Deporte. No hay publicación técnica, que no dedique esperanzadoras requisitorias para la definitiva y necesaria incorporación del médico a las tareas educacionales y de promoción, investigación y tutela de las actividades físicas. Por todos los medios de difusión imaginables, se insiste en la urgente racionalización biológica de los planes escolares de educación física y de la preparación competitiva en todos los deportes. Pero la realidad es que, pese al parecer unánime criterio de la necesaria vinculación de la Medicina al quehacer deportivo, en la práctica estamos lejos de haberlo conseguido.

Desde hace más de diez años, no puede negarse, se ha intentado —quizás con más insistencia que acierto— entablar diálogo a todos los niveles: Se han promovido cursos y más cursos de la especialidad; se ha intervenido en la formación de profesorado de Educación Física y de entrenadores; se han realizado coloquios y congresos con participación mixta de técnicos y médicos; se han elevado a las jerarquías nacionales del Deporte, informes y proyectos sobre organización y desarrollo de la Medicina Deportiva en el país. En fin, se ha recorrido un largo camino de letra impresa, pero de escasas repercusiones prácticas.

A la vista pues del pobre resultado conseguido, dado el ingente esfuerzo dialéctico desplegado, sólo cabe preguntarse si durante estos diez largos años hemos estado practicando un vacío e incómodo "diálogo de sordos". Porque si por un lado hemos sido requeridos los médicos para aportar nuestra experiencia profesional y nuestra mayor o menor dedicación laboral en una actividad humana —tan necesitada de una racionalización científica en todos los órdenes, como es el deporte— y por otro se nos ignora una y otra vez en la planificación y desenvolvimiento de la propia actividad, creo que tanto el Deporte como la Medicina están perdiendo un hermoso tiempo que difícilmente en el futuro podrá recuperarse... El insistente reconocimiento de intereses mutuos, sin un reflejo en la práctica, es tan infértil como el zalamero coqueteo de la pareja que no consuma su unión.

Nos hemos preguntado en más de una ocasión, y desde estas mismas páginas, si existe en el ámbito deportivo la duda sobre la capacidad profesional de los médicos titulados en la especialidad, o de si se pretende que la Medicina Deportiva provoque unos éxitos que por otros caminos nos están vedados al parecer. También nos hemos planteado la cuestión de una posi-

ble falta de entendimiento por el supuesto de un intrusismo a todas luces injustificado e impropio. La realidad es que el diálogo parece posible entre técnicos y médicos mientras no se incorpore al mismo un tercer personaje, EL ATLETA. Hemos llegado a veces a la pesimista conclusión de que la Medicina Deportiva en nuestro país sólo asiste al bautizo de los iniciados y al funeral de los extintos —deportivamente hablando, claro está— y pocas veces interviene en la mejor evolución de tantas y tantas vidas deportivas.

Envidiamos, no podemos evitarlo, las posibilidades de investigación que se ofrecen a la Medicina, en el campo de la actividad deportiva, fuera de nuestras fronteras. Lamentamos sinceramente, que las iniciativas personales de algunos de nuestros médicos deportivos —escasas y casi diría que heroicas pruebas de una vocación a prueba de desengaños— se pierdan ante la incompreensión y el recelo de los organismos gestores del deporte nacional. Disentimos formalmente de los que pretenden encontrar en la Medicina Deportiva la panacea de sus errores técnicos o de planificación, así como de los que busquen en ella el refugio de su escasa preparación profesional: La Medicina, sin calificativos—que de otra parte no necesita— busca y buscará siempre la verdad, a través de una seria y reflexiva investigación, que sólo con dedicación y posibilidades de trabajo puede lograr. La letra impresa entonces tendrá todo el enorme valor de una experiencia vivida y no servirá tan sólo de reclamo a vocaciones condenadas al desánimo.

¿Qué puede ofrecer la Medicina a la Educación Física y al Deporte?... Por de pronto la razonada planificación de una actividad física, de acuerdo con las características constitucionales y psicológicas del muchacho español; la más sólida formación técnica de educadores y entrenadores; la racionalización biológica de los programas de entrenamiento; un riguroso control clínico de las actividades deportivas y en fin, una aportación de bases científicas a lo que ahora no es más que el fruto de la improvisación y del empirismo más recalcitrante...

Ciertamente que a mayores exigencias, deberá corresponder una mejor preparación y una mayor dedicación de nuestros médicos deportivos, pero tan sólo cuando se cumplan las lógicas aspiraciones de éstos, podrá enjuiciarse si su labor merece o no ser tenida en cuenta.

J. G.